

ANDRÉS AMORÓS

Cartas a Eduardo Marquina

EDITORIAL  CASTALIA

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	9
EPISTOLARIO	13
1. Los maestros	15
2. Amigos catalanes de juventud	45
3. El Noventayocho	129
4. Poetas modernistas	163
5. El Novecentismo	183
6. Artistas	203
7. Dramaturgos	241
8. Actores y actrices	275
9. Otros escritores	361
10. Políticos	411
11. La posguerra	417
CARTAS A LA VIUDA DE MARQUINA	435
APÉNDICES AUTOBIOGRÁFICOS	447
ÍNDICE ONOMÁSTICO	485
ÍNDICE GENERAL DEL LIBRO	493

INTRODUCCIÓN

La desidia y los tópicos que planean todavía sobre buena parte de nuestra historia literaria han sido especialmente crueles con la figura de Eduardo Marquina: sus obras dramáticas, que obtuvieron tan grandes éxitos, no aparecen desde hace muchos años por nuestros escenarios; sus poemas no se reeditan ni se leen...

Todo esto no se debe sólo al lógico e inevitable cambio de gustos. Hay algo más: prejuicios de tipo ideológico y político, además de pereza. Es mucho más fácil repetir etiquetas que *leer* de verdad obras fuera de la moda para valorar cuáles de sus aspectos pueden seguir interesándonos.

Para la mayoría —la pequeñísima mayoría que pueda interesarse por estos temas—, Marquina es solamente el autor de *En Flandes se ha puesto el sol*; es decir, el portavoz de un retórico patriotismo que hoy, en un momento de nacionalismos autonómicos, produce sonrojo y nadie se atrevería a reivindicar.

Suele bastar, por tanto, con acumular unos adjetivos despectivos para completar el cliché: se presenta a Marquina como un autor de derechas, conservador y católico, por no decir franquista. Nada más.

¿Es esto totalmente falso? Desde luego que no. ¿Es toda la verdad? En absoluto. Pero el franquismo —o la lucha contra él: la otra cara de la moneda— sigue impidiéndonos muchas veces la auténtica libertad, en la vida cultural española.

No se trata —insisto— de reivindicaciones sino de intentar alcanzar un juicio estético e histórico ecuánime.

Mi pequeña dedicación a este tema nació hace algunos años: en 1979, cuando organicé en la Fundación Juan March de Madrid una exposición y un ciclo de conferencias sobre Marquina, en el que intervino

mi querido amigo Francisco Ruiz Ramón. Nuestro propósito era muy simple: situar en su justo lugar a un autor y una corriente dramática que ocupó un puesto innegable en la historia del teatro español del siglo xx.

Con este motivo trabé amistad con Paz Jiménez Quesada, una señora mayor encantadora, casada con Luis Marquina, el director de cine, hijo de Eduardo. Aunque ella no llevaba de soltera el apellido Marquina, su afecto y admiración por su suegro la habían convertido en su mayor defensora y en la más celosa conservadora de los papeles familiares.

La visité muchas tardes, le ayudé a ordenar esos papeles, llevé a aquella casa a mi alumna Beatriz Hernanz, que realizó luego su tesis doctoral sobre *La recepción crítica del teatro de Eduardo Marquina...*

Ordenando aquellos papeles, advertí pronto el interés de las cartas, dirigidas a Eduardo Marquina, que conservaba su familia. Paz me las facilitó y a ella le prometí preparar su publicación. Aunque me haya retrasado bastante —la vida personal y científica da muchas vueltas— hoy cumplo aquella promesa, reiterada a su familia, sobre todo a Teresa Marquina. Lamento de veras que Paz no haya podido ver este libro, que tanta ilusión le hacía.

Preparar esta edición no ha sido tarea ligera: ordenar las cartas, transcribirlas, seleccionar las más interesantes, anotar los puntos oscuros...

Confieso mi debilidad por los epistolarios. En nuestra literatura, por ejemplo, los de Lope, Moratín, Valera, Salinas, Lorca... Sin falsa modestia, creo que el tomo que publiqué en Castalia con las cartas de Ramón Pérez de Ayala a su íntimo amigo Miguel Rodríguez-Acosta es un documento absolutamente imprescindible para entender al escritor asturiano.

Lo que aquí ofrezco no son cartas escritas por Eduardo Marquina, sino cartas *dirigidas a Eduardo Marquina* por un centenar de correspondientes. Lógicamente, unas son más largas e interesantes que otras; en todo caso, la nómina de nombres es verdaderamente impresionante. No hace falta subrayar el interés de cualquier epístola escrita por personajes de la talla de Galdós, Clarín, Unamuno, Rubén Darío, Picasso, Dalí, Casals, Falla, García Lorca...

Evidentemente, este tipo de libro puede interesar a un determinado lector, estudioso o aficionado a nuestra historia literaria y cultural. Aunque no va dirigido al gran público, he intentado hacerlo legible, aun a costa de tomar decisiones discutibles desde el punto de vista estrictamente erudito.

Para facilitar la lectura, me ha parecido conveniente agrupar a los corresponsales en once capítulos:

1. Los maestros.
2. Amigos catalanes de juventud.
3. El Noventayocho.
4. Poetas modernistas.
5. El Novecentismo.
6. Artistas.
7. Dramaturgos.
8. Actores y actrices.
9. Otros escritores.
10. Políticos.
11. La posguerra.

Ya sé que son discutibles algunos de estos epígrafes y los criterios para encajar en ellos a muchos corresponsales. Creo, en todo caso, que aclaran y facilitan la lectura. Dentro de cada grupo, los ordeno por la fecha de nacimiento. (En el capítulo sexto, «Artistas», comienzo por los pintores para seguir con los escultores, músicos y cineastas). Para hacer más cómodas las referencias, las cartas de cada corresponsal llevan numeración independiente.

Al comienzo del apartado dedicado a cada corresponsal, resumo los datos básicos sobre él y añado un breve comentario: su relación con Marquina; aportaciones fundamentales de esas cartas; alusiones a personas, obras literarias o teatrales, periódicos o revistas; otros textos relacionados... En los casos en que existen, recuerdo algún poema que Marquina les dedicó.

Todo esto hubiera podido dar lugar a un número grande de notas a pie de página: he preferido evitarlas, para facilitar la lectura. Salvo erratas evidentes, mantengo la puntuación y las grafías originales (por ejemplo, de los nombres catalanes) que emplean los corresponsales.

Al final del epistolario, me ha parecido conveniente publicar algunos textos autobiográficos de Marquina, inéditos hasta ahora:

1. Autorretrato.
2. Cuatro cartas especialmente significativas, dirigidas a su familia sobre algunos temas: el amor. La casa. La familia. Su última carta, antes de morir.
3. Los últimos días: cuatro agenditas en las que va anotando telegráficamente lo que hace, en su viaje americano, y los telegramas de su

hijo Luis, con ocasión de su muerte. Constituyen, en su conjunto, un documento humano lleno de auténtica emoción.

Me parece evidente que, de la lectura de todo esto, surge una nueva imagen de Eduardo Marquina. Cabe subrayar especialmente cuatro aspectos:

1. Estéticamente, su modernismo: amistad con Rubén Darío, traducciones de Baudelaire y Verlaine, colaboraciones en revistas modernistas...
2. Políticamente, su republicanismo, con la cercanía, en su juventud, a ideas socialistas y revolucionarias.
3. En relación con el «problema de España», su actitud regeneracionista, que le acerca a muchos escritores del Noventayocho y, sobre todo, del Novecentismo.
4. Pedagógicamente, su proximidad a la Institución Libre de Enseñanza.

Añadamos a todo ello la importancia del grupo de amigos catalanes de su juventud: Utrillo, Zulueta, Pijoan... Y, en la madurez, su amplia relación con hombres y mujeres de teatro, tanto autores como actores y actrices: de modo muy especial, el interesantísimo conjunto de cartas de María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza y Margarita Xirgu que aquí doy a conocer.

Es verdad que Marquina escribió *En Flandes se ha puesto el sol* y que elogió al Régimen franquista. También lo es que alabaron sus obras en *El Socialista* y que fue amigo de personajes tan extraordinarios como García Lorca, Salvador Dalí, Marinetti y Abel Gance.

Un dato más, para concluir. De este conjunto de cartas se deduce, sin la menor duda, la imagen de un ser humano trabajador, familiar, cordial y generoso con todo el mundo, fuese cual fuese su ideología, desde las distintas posiciones que fue ocupando a lo largo de su biografía: un hombre profundamente bueno, en definitiva.

Esta imagen coincide plenamente con la que me han transmitido todos los que conocieron a Eduardo Marquina: un escritor mucho más interesante y plural que la imagen tópica a la que se suele reducirlo.